

Encarnando un carisma y mensaje

Una joven singular.

Hablar de H. Teresa Mira García (Carmelita Misionera Teresiana), es como acercarse a un pozo que, aunque el fondo se ve iluminado por la leve claridad del exterior, se adivina una interioridad sombría que transmite al exterior la afabilidad de un corazón transformado por la delicadeza y unción que pone en cada quehacer que la ocupa. Y eso desde su más temprana edad. En el fuego de la experiencia familiar donde la escasez, convertida en pobreza y, las dificultades son “el pan nuestro de cada día”, subyace el perfil de una personalidad singular.

Son muchos los testimonios que avalan su talante obsequioso y disciplinado. Su largura en darse sin cuento desde la gratuidad y el sacrificio no medido, desinteresado, se hace patente en el itinerario de su vida:

“Teresa era la mayor de las chicas, por eso le tocó ayudar a su madre en las faenas del hogar, sobretodo en el cuidado de sus hermanos más pequeños. Después, como la economía de la casa no era muy sobrante, tuvo que ponerse a servir a casa de la señora Marieta, en el mismo Algueña. Cuidaba de sus tres hijos pero también se encargaba de atender a los trabajadores de la casa. Se preocupaba de que no les faltara nada y por la mañana bien temprano, cuando estos salían al campo, les preparaba el desayuno bien caliente para que no pasaran frío” Summarium 115.

Formar un alma grande desde esta plataforma junto con los dones naturales con que Dios le agració, fue cuestión de voluntad y querencia, perseverancia en el bien obrar y buen trato en las relaciones, dócil y recogida, piadosa sin ser ñoña y profundamente de vida interior, prudente en lo exterior. Terreno bien abonado para recibir la gracia de la vocación religiosa.

Dispuesta a la entrega de sí misma.

En casa de la *Sra. Marieta*, -su madrina-, tuvo el primer contacto con religiosas. Eran las Hermanitas de los pobres y desamparados, que de pueblo en pueblo buscaban algún mendrugo de pan y alguna que otra peseta para sus pobres. Estas religiosas se hospedaban en casa de la susodicha *Sra. Marieta*., las cuales eran observadas discretamente pero con mucho interés por la joven *Teresa*, la cual se preguntaba: ¿No podría yo ser una de ellas?. En la sencillez de su corazón se abrió una leve esperanza, que guardó como un tesoro allá ‘en lo secreto’, donde Dios y el alma se encuentran. ¿Persistirá en la idea de sus trece años?... Simplemente ella derrochaba a raudales bondad, disponibilidad y esmerado servicio con todos. Buen sustrato para ser tierra bien abonada, que se prepara para recibir dones mayores.

Fue la suya una infancia preñada de dificultades y privaciones sin cuento, las cuales forjaron en la joven Teresa senderos intransitables aunque luminosos, creando en ella espacios vitales de virtud. Lo demuestra la madurez con que acompañaba a su madre en sus penurias continuas: inestabilidad económica, muerte de dos hermanos, atender a Rosendo, hermano discapacitado... tristeza por el vicio de su padre, aficionado al juego, esperando que un toque de suerte cambiaría el signo de su infortunio. Bien podemos decir que era el descanso y reposo de su buena madre.

Y en contacto con tanta pobreza humana, Dios le hace el regalo de si mismo. Y Teresa puede recibir por primera vez el sacramento de la Eucaristía. (... *Tenía mucho que negociar con Dios*) en el momento del 'primer encuentro.

“Y aquel día se dijeron muchas cosas...

Para su encuentro se preparó con la meditación, alguna oración y el rezo del rosario.

***No dejó nunca de asistir a misa a las cinco de la mañana, comulgar con fervor y hacer la meditación. La Virgen del Carmen y el Niño Jesús de Praga,” (...)* los cuales fueron los cómplices de sus vuelos soñadores, sus confidentes e intercesores más inmediatos:**

“Tu te cansarás de oírme, pero yo no me cansaré de hacerte novenas para que me arregles los asuntos y me allanes las dificultades para entrar Carmelita” Summarium pág 58.

Vida y Carisma

“Nunca me cansaré de darte gracias, Señor”

Lema significativo de su vida interior. En el noviciado de Tarragona, Calle de los Descalzos era donde las Carmelitas Misioneras Teresianas recibieron a Teresa Mira García en calidad de postulante a fin de aprender qué significaba ser Carmelita Misionera Teresiana y prepararse para su consagración a Dios, como religiosa de la Congregación.

¡Cómo aprendía cada día las lecciones de vida que se le proporcionaba a diario!, y aprehendía como buena discípula a incorporarlas a su ser, haciendo 'experiencia ' de vida en su pretensión de santidad.

“Sólo Dios y su gloria la guiaban y sólo por Dios lo daba todo” Summarium pág 55.

Cada día era nuevo, *“respiraba amor a Dios y a los prójimos por todos sus poros”*. Su fe era de gran altura que la llevó a una entrega total de su vida a Dios, no de una forma material, formal, sino como signo de búsqueda de mayor perfección. Sus coetáneos -lo dicen de ella de mil formas y maneras- y sus testimonios son fehacientes como por ejemplo:

“El deseo constante de perfección que había en ella, es lo que la llevó a practicar en grado superlativo todas las virtudes. Se puede poner en boca de

Hna. Teresa lo mismo que del profeta Elías: El celo de tu casa me devora”, y es que el celo por la gloria de Dios era tal, que no podía llegar a todos sin entregarse del todo...”

Una fe profunda en el misterio de la Iglesia, la envolvía. Aprendió por los ejemplos y por testimonio verbal de las HH. que convivieron con HH. que conocieron al Fundador, el carisma de nuestro Padre: Amor a Dios y a los Próimos. En aquel momento no había libros que alimentaran su espíritu, pero hablar del Fundador era lo mismo que hacer oración. Así que ella se limitaba a escuchar con avidez la vida y doctrina del Padre, su forma de vivir por la Iglesia, en la Iglesia, para la Iglesia, con todo lo que esto significa y, llevarlo a la oración y a la práctica:

“Su vida no tenía más objetivo que atraer a todos a Jesucristo, siempre con la sonrisa en la boca haciendo el bien a todos y en todo evitando cualquier mal a todo trance.”

Una caridad a prueba de fuego le infundió Dios en su alma, en su voluntad, en su manera de obrar: supo conjugar la dimensión global de la caridad en sus dos vertientes palautianas: amor a Dios y amor al prójimo.

*“Tenía su clase en dependencia inmediata con la capilla, con solo unas puertas de separación, y muchas veces, estando en clase y sin descuidar a los alumnos (...) entreabría las puertas, quedar un momento mirando al sagrario, como un saludo filial al Señor y cerrar la puerta, continuado con la atención a la chiquillada”
Summarium pàg 79*

“Su caridad no tenía límite. Era universal, quería a todo el mundo, todos nos sentíamos queridos por ella y nadie se sentía excluido de su amor. Summ. Pàg. 84

“Siempre me han hablado bien (...) de la gran caridad de H. Teresa para con todos. Por todos se desvivía y a todos se daba. Sé que llegó a repartir su propia comida con los que ella consideraba ‘más necesitados’” Smm. Pág. 84

Son múltiples los testimonios que hablan de su extrema caridad, antes y después de la guerra civil, a tiempo y a des tiempo, en el convento y en casa de Dña. Lola, donde pasó la guerra . “

“*Nunca se quejó; su caridad era enorme, la de una santa de verdad” Summ. Pág. 85*

Y no hablemos de su esperanza. Además de inculcarla a los que tenían contacto con ella, los frutos de su vivencia la delataban: la paz, y la serenidad eran incommovibles. Siempre el mismo talante, la misma sonrisa, la misma complicidad con Aquel que sabemos nos ama, la misma ternura, la seguridad ilimitada en alcanzar lo que

creía y esperaba. Nunca la angustia anidó en su corazón. *“De El lo esperaba todo y a El lo encomendaba todo”*

“Sé que durante el tiempo que estuvo en nuestra casa (durante la guerra civil), mi padre estaba muy asustado porque nos habían denunciado los milicianos por proteger a religiosas. Viéndole tan asustado, mi tía Teresa le decía: No temas que no pasará nada. Ya verás. Aunque vengan tu tranquilo, que no te pasará nada a ti y a nosotras tampoco”. Estaba tan puesta en las manos de Dios que todo lo esperaba de El. Su confianza en el Señor era ilimitada y a ella se acogía” Summ. Pág 76

No tenía miedo a la muerte. Su paso por este mundo fue como la avecula que roza el suelo y se levanta en alto vuelo. Entre el cielo y la tierra no hay más que un trecho no tangible: el amor. *“Sufrir cuanto más mejor”*. El amor purifica y eleva el alma que se abre a la inmensidad de lo eterno, vulnerable, ... Ansias de eternidad quebraron la caducidad de su vida para vivir en plenitud lo que esperaba: *“Aunque lo que espero no esperara, lo mismo que le quiero le quisiera”*

Fijémonos en su carta última a su hermana Magdalena, cmt, que ésta última guardó como testamento.

“Cuando me muera no quiero que llores, acuérdate que desde el cielo te querré aún más y que dentro de poco tiempo todos nos encontraremos allí en el cielo, para siempre... para siempre... No te olvides de que todo lo de este mundo no vale ni tan solo una mirada, mucho menos un sufrimiento; bueno que ya no puedo más...”

La Sierva de Dios, después de una grave purificación ratificó su entrega a Dios y por a todos: *“Tenía tantos deseos de ir al cielo que tuvo gran alegría cuando se dio cuenta que se moría. (...) Toda su vida no fue otra cosa que darse y gastarse entregándose a los demás aun a costa de su propia salud. Todos sabíamos de su delicada salud, pero ello no era impedimento para que acudiera prontamente al lado de quien necesitara de su ayuda...”*

La Hermana Teresa supo esculpir su ser *Iglesia*, encarnándose en la realidad de cada día, de cada momento, de cada circunstancia, y olvidándose de sí, encontró en cada rostro concreto la imagen de María, tipo perfecto y acabado de la Iglesia, y en ella se miraba, y en las relaciones con los demás contemplaba el rostro de Cristo Crucificado, Resucitado, entregado, hecho Eucaristía, pan que se parte y se reparte. Comunión entrañable, unión de fraternidades que se funden para anunciar al mundo la belleza de la Iglesia.

H. M^a Pilar Roig cmt.